

NUEVOS «ISMOS» QUE AMENAZAN LA LIBERTAD*

GERHARD SCHWARZ**

Señor presidente de la República Checa, queridos miembros de la Mont Pelerin Society, queridos amigos de la libertad, no solamente es un placer y un honor dirigirme a tan distinguida audiencia, también es un reto hablar después de tan eminente persona como es nuestro amigo Václav Klaus, pero ¿quién podría declinar semejante invitación!

Como dijo el presidente Klaus en sus palabras de apertura y bienvenida el domingo por la noche, no ha pasado mucho tiempo desde que no había ninguna duda acerca de por dónde venía la amenaza a la sociedad abierta. Emanaba de las ideologías del Nacional-Socialismo y el Socialismo Internacional. Aunque el reto y la amenaza eran grandes, al menos se sabía quiénes eran los enemigos del capitalismo de mercado. El supuesto «Fin de la Historia», en un principio, parecía ser un triunfo. Sin embargo, pronto empezaron a germinar pérfidas amenazas a la libertad individual. Estos nuevos «ismos», como yo los llamo, incluyen, por un lado, ciertas actitudes político-filosóficas fundamentales que se han desprendido de las viejas ideologías, como la creencia de que, en la mayoría de los casos, las soluciones centralizadas son mejores que las descentralizadas; o la idea de que la exposición pública de todo y de todos es preferible a la protección de la privacidad.

Por otro lado, hay nuevos y no tan nuevos «ismos» cuya visión del mundo tiene un enfoque diferente a la de los antiguos. Esto es

* Discurso para la Reunión General de la Mont Pelerin Society en Praga, 2012.

** Dr. Gerhard Schwarz es Director Gerente del think tank Avenir Suisse. Previamente fue jefe de la sección de economía, finanzas y negocios y editor en jefe del diario *Neue Zürcher Zeitung*. Actualmente es profesor visitante de la Universidad de Zurich y ha escrito y editado numerosos libros.

especialmente notable en el caso del medioambientalismo y el feminismo. Ambos, cuyas actitudes son más mentales y su énfasis más centrado en el contenido, a menudo llegan bajo un disfraz.

El fundamentalismo religioso no esconde en absoluto su cara antiliberal, sobre todo el Islamismo. Omito las anotaciones que hago en el artículo escrito, pero permítanme que les diga que las tentaciones fundamentalistas se pueden observar en casi todas las religiones. Contemplan casi todo lo moderno con desconfianza: desde la teoría de la evolución de Darwin hasta la investigación genética, y junto con las ciencias, también la tecnología, los medios de comunicación, la economía de mercado y la globalización. Esta actitud anti-Ilustración es un verdadero peligro para cualquier sociedad abierta.

Muchos de los «ismos» mencionados en mi artículo son parte de la fábrica histórica de ideas políticas y, por tanto, componentes de ideologías más comprehensivas. Pero hoy en día, aparecen más bien como movimientos individuales y se presentan a sí mismos de una manera nueva y conscientemente no ideológica. Aquí, yo distingo tres grupos: aquellos movimientos que se relacionan con la organización política de la sociedad, aquellos que afectan más a procedimientos políticos, y finalmente, algo apartado, el moralismo como un movimiento que adscribe todo a la moralidad del individuo.

EL AUTORITARISMO, LA DEFENSA DE LA DEMOCRACIA Y EL CENTRALISMO

El autoritarismo pertenece al grupo de los «ismos» políticos. Aún no se ha desarrollado como una amenaza real a la libertad, pero la tendencia a considerar el gobierno sin ninguna participación política como un concepto perfectamente válido para organizar la sociedad parece estar creciendo, no tanto entre intelectuales, sino entre empresarios o incluso entre políticos. Ocasionalmente, muestran simpatía hacia la supuesta estabilidad de este modelo de gobernanza, no solamente en países como Singapur, sino que, más recientemente también en la República Popular de China. Esto es un peligro real para la libertad.

Sin embargo, no podemos olvidar que lo opuesto es, al menos, igual de peligroso. Como suizo, ciertamente considero que la democracia, a pesar de todas las críticas justificadas, es la menos nociva de las formas de gobierno. Sin embargo, la democracia tiene su lugar propio, concretamente aquel en el que las cuestiones afecten a todos y estén relacionadas con los bienes públicos. Mucha gente parece olvidar esto. Un ejemplo actual en Suiza es la discusión sobre la gobernanza corporativa, en la que la mayoría de la población probablemente querría que estuviera regulado por ley hasta el último detalle, en lugar de dejarlo a los propietarios. La democracia es solamente una manera más liberal que la dictadura de tomar decisiones, pero es una forma de tomar decisiones menos liberal que las decisiones individuales de cada persona. En este sentido, demasiada democracia también puede ser un peligro para la sociedad.

Además del autoritarismo y el «democratismo», el centralismo también expresa una idea sobre cómo puede organizarse políticamente una sociedad. Está experimentando un increíble renacimiento en la Unión Europea, impresionantemente ilustrado por las medidas planeadas para rescatar el euro, como la idea de una unión bancaria o el agrupamiento de deudas. La filosofía subyacente es siempre la misma: dejemos que la solución (y los recursos) se encuentren en el siguiente nivel más alto, con la esperanza de que otros tengan entonces la oportunidad de ocuparse de tu propia carga y tú realmente no tengas que hacer tu trabajo. El centralismo es lo opuesto a la subsidiariedad. Muy cercano al centralismo se encuentra la tendencia hacia la armonización, que sostiene que aquellas diferencias que constituyen la riqueza de la vida humana y de la cultura y que impulsan las fuerzas que subyacen a la innovación, deben ser niveladas.

Puede causar sorpresa que mencione el pragmatismo aquí. ¿Qué quiero decir? A la gente le gusta entender «pragmatismo» como algo opuesto a todo lo ideológico, sin embargo, es bajo la pretensión de pragmatismo que los políticos toman partido en contra de cualquier política, al menos parcialmente coherente, dirigida a crear un orden institucional. Ludwig Erhard ha identificado este tipo de pragmatismo como un peligro en las etapas más tempranas del orden liberal. Él dijo que se considera que

un político es competente, «cuando actúa de forma *pragmática*, es decir, el que tiene en cuenta la aleatoriedad del momento. Los pragmáticos son seguidos de cerca por los simples oportunistas y, en última instancia, también por conformistas absolutamente sin principios». Los pragmáticos quieren resolver los problemas, si la libertad está amenazada no les importa. Y son un peligro para el orden liberal, aún en otro sentido: los pragmáticos están animados por una fuerte creencia en la capacidad de conseguir los objetivos y, por lo tanto, tienen muy poco en común con el punto de vista liberal, casi agnóstico, según el cual solamente podemos conocer y moldear la economía hasta un cierto punto.

Desde mi punto de vista, la demanda de casi total transparencia es otro peligro para la libertad. Lingüísticamente resulta un tanto forzado crear otro «ismo» al respecto —aunque pueden disculpar a un suizo sacar este tema. La seguridad nacional o el mero interés público se utilizan como justificación para limitar la privacidad de los ciudadanos. Esto lleva a la terrorífica transformación del Estado en un Gran Hermano. Es ciertamente totalmente contra la corriente principal en Europa reivindicar el punto de vista de que una cuenta bancaria concierne solamente a su propietario, y ciertamente no a las autoridades fiscales. Naturalmente esas autoridades deben ser capaces de exigir al propietario que proporcione información bancaria cuando hay una sospecha bien fundada de seria violación de la ley. Pero la noción de que ser un ciudadano transparente es un problema solamente para quienes tienen algo que esconder y que el ciudadano es un sospechoso que debe probar su inocencia permanentemente está profundamente en contra del espíritu de una sociedad libre.

EL MORALISMO

Otro punto de vista opuesto al liberalismo es el moralismo. Subyace al supuesto de que existe un curso de acción moralmente correcto que es cierto para todo el mundo. Por lo tanto, el comportamiento moralmente correcto ha de ser reforzado en la sociedad

—de hecho debe serlo— coactivamente si es necesario. Entre los moralistas más radicales están los activistas por los derechos de los animales, alguno de los cuales considera justificados los ataques a personas, con tal de poner fin a la experimentación con animales. Hoy en día, el moralismo se expresa particularmente en el contexto del sector financiero. Cualquiera que piense que el origen de la crisis financiera reside casi exclusivamente en la avaricia de los ejecutivos veteranos está ciego frente a los errores en la regulación y las políticas económicas del comienzo de la crisis. Estrechamente relacionado con el moralismo está la «corrección política», la tendencia a reprimir la libertad de expresión del pensamiento, las opiniones y sentimientos porque pueden herir los sentimientos, opiniones y sentimientos de otros, o porque son simplemente «moralmente erróneos».

«ISMOS» QUE PONEN EN PELIGRO LA LIBERTAD POR SU CONTENIDO

El paternalismo

Un maravilloso ejemplo del falso etiquetado con el que funcionan los nuevos «ismos» es la descripción del «paternalismo libertario». Uno puede detectar cierto liberalismo en el hecho de que la gente no se siente obligada a comportarse de determinada manera. Pero apoyados en los descubrimientos de la Economía del Comportamiento, que explica que a veces la gente exhibe inconsistencias (temporales) y que frecuentemente actúa irracionalmente, los defensores del paternalismo concluyen que hay una manera de proceder «mejor», que el Estado puede descubrirla y que debe guiar al público hacia esa «mejor» manera de comportarse. Sin embargo, las inconsistencias de las que se quejan no son ni sorprendentes ni negativas; son parte del liberal «derecho a ser irracional».

El libro *Nudge: Improving Decisions on Health, Wealth and Happiness* de Thaler y Sunstein es un aliciente a la coacción moderada. Me parece que ese «dar un empujón» (*nudging*) no es problemático cuando está relacionado con eliminar asimetrías de la

información, por ejemplo, respecto a los efectos directos y colaterales de las medicinas, o cuando el Estado no puede evitar establecer un marco de alguna manera.

En la cuestión de la honestidad fiscal, por ejemplo, parece que es distinto si la declaración, la que cada cual completa de manera veraz, está al principio o al final del documento. En ese caso, no hay nada que decir contra colocarla en el lugar correcto. Y ¿qué pasa con «empujar» si la sociedad considera como su deber no dejar que la gente fallezca en medio de la calle —incluso si esa gente ha fracasado a la hora de mantenerse por sí mismos, o se han puesto en una situación difícil fruto de su propia imprudencia? Si la sociedad quiere usar los fondos del gobierno para cumplir con su obligación, el derecho de los individuos a actuar irracionalmente ha de ser restringido. Si los contribuyentes pagan por las consecuencias del alcoholismo o del tabaquismo de otros, parece legítimo que el gobierno intente prevenir esos «sucesos perjudiciales» tanto como sea posible. Y entonces ese «empujón» es preferible a la coacción. De alguna forma estamos —en el mundo real— en un círculo vicioso.

Pero la línea divisoria entre informar, empujar suavemente y manipular abiertamente es muy delgada. El paternalismo «suave» puede transformarse rápidamente en paternalismo «duro». Un ejemplo chocante, que es continuación de los impuestos al tabaco y a las advertencias sobre la muerte por cáncer, es la forma en la que la prohibición de fumar se está aplicando por toda Europa. La decisión acerca de si un restaurante es o no para no-fumadores debería dejarse sin ningún temor en manos del manager, la decisión sobre si uno quiere comer en esas condiciones debería ser del consumidor, y la decisión sobre si trabajar allí, del empleado. La reacción respecto a la prohibición de fumar entre los liberales ha sido sorprendentemente débil. Por lo tanto, no me sorprendería si algún día el Estado dictara, no solamente lo que tenemos que comer o beber por nuestro propio bien, sino que también nos animara a hacer ejercicio diario por la mañana —no tan lejos de la gimnasia de las fábricas chinas.

Medioambientalismo

La defensa del medio ambiente es una piedra en el zapato de los amigos de la libertad. Por supuesto, la cuestión del medio ambiente también puede preocupar a los liberales. El fracaso a la hora de tomar en serio éste y otros temas relacionados con los nuevos «ismos», me parece que ni está justificado objetivamente ni es astuto políticamente. Sin embargo, estas preocupaciones, independientemente de lo importantes que puedan ser, tienen que someterse a un análisis coste-beneficio. Y los costes incluyen los costes de oportunidad. En un mundo con recursos escasos, el logro de un objetivo siempre implica que otro objetivo no puede conseguirse. Bjørn Lomborg, a través de su Consenso de Copenhage, ha intentado que el concepto de coste de oportunidad sea empíricamente comprensible.

En pocos sitios encuentra uno tan poca comprensión de este concepto como entre quienes están convencidos de que nos dirigimos a una catástrofe climática y que el medio ambiente va a salir cada vez más perjudicado. Todo lo demás, incluido el bienestar individual, y la autodeterminación de quienes viven hoy en día, está subordinada a la protección medioambiental y la prevención frente al calentamiento global. Encuentro tres razones para ello:

- Primero, los medioambientalistas apelan a hechos científicos cuya validez apenas ponen en duda. Es más difícil poner en duda el conocimiento que poner en tela de juicio una creencia, particularmente cuando los expertos hacen que esa «verdad» sea inmune a la duda. Esto está pasando en el debate climático en el que el llamado consenso entre climatólogos es cualquier cosa menos indiscutido fuera de ese círculo.
- En segundo lugar, los medioambientalistas basan sus argumentos en los intereses de generaciones que vivirán dentro de cien años. Hay algo moderadamente totalitario en la idea de que en cien años el mundo será muy parecido a como es hoy. Si esa idea se hubiera aplicado en el comienzo del siglo XX, ahora viviríamos sin coches, teléfonos, penicilina, píldoras anticonceptivas o inodoros.

- En tercer lugar, los mediambientalistas reclaman que, en ausencia de medidas compensatorias, las vidas de millones de personas están en juego. Si uno adopta el punto de vista contrario, como ha hecho Vaclav Klaus con notable coraje, se expone fácilmente a la acusación de cinismo.

Los partidos liberales en Europa apenas han tenido la valentía de contar la historia desde el punto de vista liberal: que el cambio climático, independientemente de si está causado por el hombre o no, no tiene que ser algo malo en sí mismo, que implica la internalización de efectos externos, tanto positivos como negativos, que la preservación del status quo no es, en modo alguno, algo exclusivamente humano, y que, a lo largo de su historia, la raza humana ha respondido a los más grandes retos con una mezcla de adaptación y resistencia. Esto es exactamente lo que distingue a los humanos de otras formas de vida: son capaces de vivir tanto en Siberia como en el desierto.

El feminismo

Cuando se habla del feminismo como un movimiento que pone en peligro la libertad, no nos referimos al principio fundamental de que hombres y mujeres deben tener iguales libertades en una sociedad libre, iguales derechos e iguales obligaciones a los ojos del Estado. En la historia del pensamiento político, los liberales han propagado esa manera de entender la igualdad de derechos desde las etapas más tempranas. Hay una fuerza liberadora en este aspecto del feminismo.

Sin embargo, hay otro feminismo. Sus principales características son, en primer lugar, que reclama un tratamiento igual para lo que es desigual, por ejemplo, demandando que la promoción en el mundo profesional no debe tener en cuenta las interrupciones en la carrera debido al embarazo, el nacimiento y el cuidado de los hijos. En segundo lugar, intenta socializar el coste de la maternidad. Dado que las provisiones para la tercera edad en la mayoría de los países están basadas en un sistema «pay-as-you-go», los niños tienen un efecto externo significativo en las pensiones

de la generación activa actual. Para compensarlo, se sugiere que los nidos, guarderías y escuelas deben ser casi gratuitos. En tercer lugar, el feminismo antiliberal está preparado para utilizar el argumento de la discriminación para intervenir en los contratos libres entre personas y dejar en desventaja al hombre, por ejemplo, introduciendo todo tipo de cuotas.

ALGUNAS CARACTERÍSTICAS EN COMÚN

Los «ismos» discutidos aquí —esta lista no pretende ser exhaustiva, por ejemplo no he mencionado la defensa de los derechos humanos— tienen unas cuantas características en común, algunas de las cuales son compartidas por los antiguos «ismos», mientras que otras son típicas de los nuevos movimientos.

Paralelismo con el socialismo y el nacional socialismo

Como el socialismo y el fascismo, una característica típica de los nuevos «ismos» es el concepto normativo distintivo del hombre. Su objetivo es el Nuevo Hombre, y en este sentido están muy relacionados con el cristianismo, siendo la única diferencia que éste último no espera, de manera realista, la ansiada perfección humana hasta la otra vida. En última instancia, todos desean transformar a cada cual en un ser humano «ideal» —ideal de acuerdo con su propia definición. La libertad que la mayoría de ellos mencionan en sus programas es una libertad condicional. Todo el mundo es libre de hacer lo que quiera, siempre que quieran hacer justo lo que deben hacer en opinión de los paternalistas, los ecologistas y las feministas.

Estrechamente relacionada con esta visión de la humanidad está la negación de cualquier tipo de subjetividad. Como los antiguos «ismos», los nuevos «ismos» postulan algo como la objetividad de la moral y el conocimiento, o al menos, una voluntad colectiva singular, como la «voluntad general» de Rousseau, a la que todos los ciudadanos deben someterse. No hay lugar para desviaciones de la norma, ni para el derecho a ser (supuestamente)

irracional o para el derecho a autolesionarse, dos pilares del liberalismo clásico.

Finalmente, tal y como los antiguos «ismos» que eran hostiles a la libertad, un elemento inherente a los nuevos «ismos» es la «pretensión del conocimiento». Ellos no alcanzan en absoluto a comprender la humilde visión de que ni una sola persona ni una autoridad puede tener a su disposición la cantidad de conocimiento que se necesitaría para comprender la sociedad en su complejidad, y ciertamente, no el suficiente para dirigirla. Frente al telón de fondo de la crisis económica y financiera, hay una creciente, y casi ciega, creencia en que la economía puede ser planificada por un Estado central que es altruista y dotado de visión y competencia. La simpatía por la grandeza, la centralización y la armonización que son característicos de la mayoría de estos «ismos», es una expresión de su falta de humildad. La arrogancia intelectual. Y la creencia en la capacidad para conseguir lo que se quiera están entre los mayores peligros a los que se enfrenta la libertad hoy en día. Las antitoxinas son: la separación de poderes, la no centralización y la pequeñez.

Diferencias en comparación con el socialismo y el nacional socialismo

Pero ¿cuál es la diferencia con los nuevos «ismos»? En primer lugar, actúan menos comprensivamente. Su acción, por contra, es dirigida selectivamente hacia una sola cuestión a la cual se subordina todo lo demás. Se puede argumentar que la situación no es muy diferente en el liberalismo, con su fijación con la libertad. Sin embargo, de esta orientación hacia el liberalismo, se puede deducir, en una medida mucho mayor que en los nuevos «ismos», un concepto comprensivo, fuertemente coherente, que rijan el diseño de la política, la economía y la sociedad.

Por lo tanto —segunda observación— los nuevos «ismos» se consideran a sí mismos menos políticos y más no-ideológicos que los movimientos derivados de las doctrinas tradicionales. Esto es especialmente cierto para actitudes básicas como el centralismo, con su amor por la armonización, y para el pragmatismo y

la búsqueda de la transparencia. Defensores de tales escuelas de pensamiento, frecuentemente reclaman que se trata simplemente de una cuestión de eficiencia —como si se tratara de una cuestión sin carga valorativa. Dicen que «solamente» se preocupan de soluciones neutrales a los problemas, como la protección del clima.

Dicen que la distinción entre derecha e izquierda está obsoleta. Sería maravilloso si los problemas pudieran resolverse de manera liberal, dicen. Pero si no, uno simplemente debe recurrir a los instrumentos que son adecuados, incluso si son intervencionistas.

En tercer lugar, y directamente relacionado con lo anterior, está el esfuerzo realizado por estos nuevos «ismos» de presentarse a sí mismos como menos radicales que los antiguos partidos. En cierta medida es un envoltorio muy inteligente. Sin embargo, muchos paternalistas, medioambientalistas y feministas reclaman, enteramente por convicción interna, valores como la libertad, la democracia y el mercado. Simplemente no se dan cuenta del hecho de que necesariamente hay contradicciones entre sus principales preocupaciones (y la impaciencia con la que las afirman) y un sistema espontáneo.

En cuarto lugar, el resultado de todo esto es que la erosión del orden liberal por los nuevos «ismos» pasa casi desapercibida. Los nuevos «ismos» no reivindican cambiar el orden existente completamente de arriba a abajo. No apuntan a ninguna revolución, y siempre están relacionados con cuestiones que son, a primera vista, legítimas, incluso importantes, que es por lo que las bases liberales se rinden tan fácilmente a ellos.

CONCLUSIÓN

Por todas estas razones los nuevos «ismos» son muy seductores —y necesitamos una clara convicción y una gran vigilancia para protegernos frente a ellos. Al mismo tiempo, nosotros los liberales deberíamos tomarnos en serio los intereses legítimos de estos movimientos. Debemos dejar claro que no rechazamos la preocupación por el medio ambiente como tal, solamente los aspectos

que ponen en peligro la libertad, en algunos casos aspectos totalitarios. Las mujeres, el medio ambiente y los más débiles de la sociedad estarían mucho mejor en una sociedad con mayor libertad que en la sociedad occidental de hoy. Sin embargo, en una sociedad abierta cualquier preocupación —excepto la de la libertad— está en competencia con otras preocupaciones y no puede considerarse en términos absolutos. Por lo tanto, los liberales sólo podemos entrar en coaliciones, tanto políticas como intelectuales, con nuevos «ismos» si éstos están dispuestos a comprometerse. Ésta es la razón por la que los liberales debemos permanecer vigilantes hacia esos nuevos «ismos», porque sus tendencias a poner en peligro la libertad pueden no ser reconocidas hasta que es demasiado tarde.